

Misterio en el hotel Weisseblume

Clarisa Vau



Capítulo 1

Todos los derechos reservados.

Nº ISBN 978-987-86-0621-7

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Los sucesos y personajes retratados en esta historia son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Diseño de portada: Ana Paula Bardossy ©

Guía del lector

A continuación, se mencionan los nombres y una breve descripción de los personajes principales de la obra:

- Agnolotti, Ricardo y María: médico y ama de casa, respectivamente; padres de dos hijos, van de vacaciones cansados de la monotonía de la vida moderna.
- Blanc, Rodrigo: orfebre, creador de la colección de joyas expuestas en el hotel.
- Brigado, Ana: joven estudiante de arquitectura, pelirroja, amante de la naturaleza y el aire libre.
- Contarde, Sergio: recepcionista del hotel.
- Fellman, Augusto: oficial de policía, compañero incondicional del inspector Montgomery.
- Guzmán, Alberto: conserje de turno la noche del robo.
- López, Aarón y Rebeca: dueño de un bazar y maestra, respectivamente; matrimonio que ha pasado los sesenta años, aprovecha el tiempo libre para viajar.
- Mann, Eric: hombre atractivo, periodista, su hobby es la fotografía.
- Montgomery, Abelardo: inspector de policía, hombre bueno y tenaz.
- Montpellier-Lacroze, Helena: mujer muy hermosa, huérfana, rica, se dedica a ayudar a artistas talentosos.
- Paz, Héctor: contador jubilado, quisquilloso, observador, colaborador no oficial de la investigación.
- Pieruccioni, Gerónimo: gerente del hotel.
- Pontard, Felipe: doctor que interviene para asistir al señor Blanc.

Capítulo I. El robo

La mañana del lunes se mostró espléndida en Villa General Belgrano: la lluvia había pasado, dejando un cielo celeste y un sol radiante. El hotel Weisseblume se veía imponente, con sus tres pisos, balcones por doquier y tejado anaranjado con manchones de verdosos líquenes. El aire era fresco, y las sierras ofrecían un hermoso paisaje a los huéspedes del hotel, que se encontraban desayunando. Todos, menos uno.

Esto era fuente de preocupación especialmente para el señor Pieruccioni, gerente del hotel; la noche anterior había convenido compartir el desayuno junto con el señor Blanc, el orfebre que la noche anterior había exhibido su nueva colección de joyas en la confitería, pero éste último no se había presentado ni había comunicado ningún mensaje. El personal también se sentía incómodo: solo quedaban quince minutos para retirar el servicio, y no querían tener problemas con el huésped de honor. Una vez transmitida la preocupación al gerente, él mismo tomó la decisión de ir a llamarlo personalmente.

Aunque el señor Pieruccioni estaba en buena forma, arribó a la habitación del señor Blanc levemente fatigado por haber subido los dos tramos de escaleras. El gerente era un hombre muy elegante, de unos cuarenta años aproximadamente, de aspecto moreno y ojos color café. Al encontrarse frente a la habitación, llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar, con más fuerza. Nada. Espió por el ojo de la cerradura: las cortinas estaban corridas, pero le pareció ver una figura sobre la cama. También le pareció ver desorden en la habitación, y esto lo alarmó. Se decidió a probar la manija, y vio que estaba sin llave. Ahora sí supo que algo había ocurrido, pero, cauteloso como era, decidió no entrar solo a la habitación. Soltó la manija de la puerta y se dirigió a la parte central del pasillo, donde había un teléfono. Logró comunicarse con el señor Contarde, conserje de turno, y le pidió que suba, sin decir nada a nadie. Al captar una nota de preocupación en el tono de su jefe, el señor Contarde se apresuró a hacer lo indicado. Llegó rápidamente; al igual que el señor Pieruccioni, subía y bajaba las escaleras con tanta frecuencia que se encontraba en excelente forma. Al tener apenas treinta y dos años, este ejercicio contribuía a que conservara su figura lozana; su rostro estaba siempre lleno de energía, y sus ojos oscuros tenían una mirada amable. Una vez que hubo llegado, el gerente le explicó lo sucedido, y el conserje estuvo de acuerdo con que lo mejor sería ingresar a la

habitación.

El señor Pieruccioni, que había entrado primero, exclamó una maldición, y el conserje, cerrando la puerta tras de sí, encendió la luz. Había cierto desorden, pero lo más grave era que la puerta del armario estaba abierta, y la puerta de la caja fuerte... también. El gerente se acercó y corroboró que estaba vacía. Pálido, se dirigió al conserje:

—Se han llevado las joyas —dijo con una voz levemente temblorosa.

El señor Contarde maldijo a su vez y preguntó:

—¿Qué le habrán hecho al señor?

El gerente se acercó al cuerpo y le palpó la muñeca.

—Está vivo —dijo. Lo llamó por su nombre para despertarlo, dos veces, pero no tuvo éxito.

—Necesitamos un médico —añadió.

—Voy a llamar a la policía —sugirió el conserje.

—Sí —respondió el señor Pieruccioni—. Llame desde acá, que no lo escuchen. Lo mantendremos en secreto hasta que lleguen los oficiales.

—Bien, señor —respondió el conserje, y se dirigió al teléfono.

El tiempo pasaba lentamente para el gerente, que se había quedado en la habitación, maldiciendo para sus adentros, y tratando de pensar con calma cómo proceder. Finalmente, regresó el señor Contarde y anunció que la policía no tardaría en llegar.

—Vendrá un oficial con un médico —comunicó.

El gerente estuvo de acuerdo y se miraron: hacía mucho que se conocían y existía confianza entre ellos, por lo que el gerente se sinceró y le confesó lo que había estado pensando. Ambos coincidieron que era una calamidad, una desgracia para el hotel, y más valía que se pueda recuperar lo robado.

—Convendría que vuelvas a tu puesto, Sergio —le sugirió el gerente al conserje—. Aquí no hay nada que hacer, yo me quedo con el señor Blanc.

—Sí, señor —respondió el aludido, y obedeció, agradeciendo no cruzarse con nadie en el camino. Seguramente las encargadas de limpieza estaban todavía en el primer piso, pensó. Por su parte, el señor Pieruccioni paseaba de un lado a otro de la habitación, pensando cómo podía haber

sucedido el robo. No era probable que el señor Blanc hubiera dejado la puerta sin llave, por lo que el ladrón tenía que tener una copia. Y entonces un pensamiento espantoso lo asaltó: ¿y si también habían robado en las habitaciones contiguas? Tenía que averiguarlo. Se dirigió a la puerta y escuchó: no había ruido en el pasillo. La abrió, salió y la cerró tras de sí, y miró a ambos lados del pasillo. Mientras pensaba una excusa para golpear las puertas de al lado, un hombre subió el último peldaño de la escalera y apareció en el pasillo. Era un hombre joven, alto, de rulos castaños que hacían juego con sus ojos, y vestía un conjunto deportivo. Cuando vio al señor Pieruccioni de pie, ligeramente pálido, le preguntó si necesitaba ayuda. Pero el gerente le respondió que no, no necesitaba nada, solo estaba esperando al señor Blanc. Entonces Eric se acordó:

—Usted es el gerente, ¿verdad? Lo vi anoche cenando con el joyero.

—Sí, soy yo, mi nombre es Gerónimo Pieruccioni.

—Eric Mann, un gusto —respondió Eric, y se acercó para estrecharle la mano. El apretón del gerente fue firme pero ligeramente húmedo, lo que confirmó la sospecha de Eric de que algo no andaba bien.

—Igualmente —contestó el gerente—. ¿Está teniendo una buena estadía? —inquirió.

—Sí, muy buena, gracias. Estaba recorriendo el hotel, es muy bonito. Bueno, que tenga buen día —agregó.

—Gracias, usted también, señor Mann —replicó el señor Pieruccioni, y lo vio alejarse con alivio.

Eric se dirigió a la escalera y emprendió el descenso. Había tomado un buen desayuno y tenía planeado escalar el cerro de la Virgen, que estaba cerca y no era demasiado exigente. Pero cuando llegó a conserjería, dudó, al ver a la policía. Recién habían llegado un oficial y un doctor, y hablaban con el conserje, que tenía cara de preocupación. Había más gente también: los dos matrimonios y el señor mayor, a quienes había visto el día anterior; todos vestían ropa cómoda y llevaban bolsos de mano. Seguramente irán de excursión, pensó Eric. Volvió su atención a la policía al ver que se ponían en movimiento y seguían al señor Contarde, que luego de dar unos pasos se volvió y dijo a los huéspedes:

—No se preocupen, esto es una formalidad, hubo un pequeño problema, pero ya lo vamos a solucionar. Que tengan buen día —finalizó y se fue rápido para evitar preguntas. Porque, por supuesto, todos se dieron cuenta que si estaba la policía el problema no podía ser tan pequeño.

—Ricky, qué habrá pasado... —empezó a decir la señora Agnolotti a su

marido.

—Lo primero que se me ocurre es un robo, pero para que manden a un oficial y a un doctor... alguien debe haber resultado herido —respondió Ricardo, pensativo.

—¿Por qué no llega esa condenada combi? —protestaba el señor López, sin preocuparse por la presencia de la policía.

—Tal vez haya caminos con mucho barro y por eso demoran —apuntó la señora López—. No sé qué puede haber pasado —añadió, refiriéndose a la presencia de la policía—, no vimos ni escuchamos nada raro, ¿no es cierto?

—agregó, mirando interrogadoramente a su marido.

—No, no, nada raro.

—Nosotros tampoco —replicó María—. En realidad —agregó—, anoche me pareció escuchar ruidos en el pasillo...

Su marido la miró frunciendo el ceño, y María agregó:

—¡Es cierto! Me desperté y vi que eran las 2:40 y estoy segura que escuché ruido como de pasos en el pasillo. Vos dormías como un tronco.

Ricardo respondió entre risas:

—Bueno, ya se lo dirás a la policía cuando volvamos. Ahora a olvidarse y disfrutar el día, ahí viene la combi.

En efecto, se acercaba el vehículo. El acompañante del conductor pidió disculpas por la demora, explicó que se debía al barro (—vieron, tenía razón

—acotó Rebeca) y abrió la puerta lateral. Subieron los dos matrimonios y el señor Paz y se unieron a otras cinco personas que ya estaban a bordo.

—Bien —dijo el guía—, partimos para el cerro Mirador. Espero que nadie se haya olvidado la botella de agua ni la colación, ya que volveremos a la tarde.

Y el señor Agnolotti, que tenía a su lado al señor Paz, comentó riéndose por lo bajo:

—Si alguien se olvidó no va a haber problemas, María trajo provisiones

como para un regimiento.

El señor Paz celebró el chiste por debajo de su bufanda.

Capítulo 2

Capítulo II. De los huéspedes y el artista

El día anterior, domingo, varios huéspedes se llevaron una sorpresa cuando bajaron a desayunar. Vieron sobre una mesa, a la entrada del comedor, un cartel escrito en letras rojas de molde que anunciaba que esa misma noche tendría lugar la exposición de la nueva colección del reconocido joyero Rodrigo Blanc. Comenzaría a las 19, en la confitería, y el artista en persona estaría allí para presentar sus creaciones.

—Ricky, ¡qué suerte! Justo para esta noche que anuncian lluvia, podemos ver una exhibición de joyas, ¡deben ser un sueño! —dijo María, con expresión de contento.

—¿Una exhibición de joyas? ¡Bueno! Ya que nunca vimos una...

—respondió su marido con simpatía.

Esa era una de las cosas que a María más le gustaban de su esposo: siempre estaba dispuesto a acompañarla donde ella quisiera ir, y pocas cosas lo aburrían. El señor Agnolotti transitaba la mitad de sus cuarenta y cinco años con gracia: se encontraba en buena forma y el estrés resultante de ejercer la medicina no hacía mella en su persona. Era alto y esbelto, su cabello era oscuro y sus ojos claros, como los de su hijo menor.

María, en cambio, había cumplido recientemente cuarenta y tres; era bajita y regordeta, de belleza corriente: cabello y ojos castaños, pero no por eso dejaba de ser atractiva. Era una ama de casa muy dedicada y una excelente madre de tres hijos, el último de los cuales aún no había abandonado el nido, pero había decidido irse de vacaciones con amigos.

El señor Paz, sentado cerca de la puerta, había oído la conversación entre María y Ricardo. Era un hombre rubicundo, de estatura regular, prominente vientre y aspecto cansado; a sus ya sesenta y seis años, la edad y el sobrepeso le pasaban factura. Además, hacía años que usaba anteojos, y su cabello rubio ya no crecía con la abundancia ni con el color de otros tiempos. Sin embargo, eso no significaba que el señor Paz fuera descuidado, no; a pesar de no ser ya tan buen mozo, y de haberse jubilado, tantos años trabajando como contador le habían dejado el hábito de vestir siempre con buen gusto.

Mirando a su alrededor, reparó en que una de las mesas del comedor ya estaba ocupada por una rubia deslumbrante, adornada de pies a cabeza

con alhajas relucientes. Pensando que seguramente iría a la exposición, decidió que esa noche también asistiría. “Será divertido”, se dijo a sí mismo, mientras saboreaba su taza de té en hebras, que acompañaba con deliciosas medialunas recién horneadas.

En ese momento, un hombre elevó el tono de voz:

—Pero Rebeca, no nos vamos a quedar encerrados, vinimos para descansar y divertirnos —estaba diciendo Aarón.

—Y eso es exactamente lo que pienso hacer. ¿Qué mejor que asistir a una exhibición? Y encima de piedras preciosas, nunca fui a una de esas.

—Pero, iba a ser terriblemente aburrido! ¿Qué puede tener de interesante? Salgamos a comer por ahí, alguna comida típica. Acá hay mucha comida alemana, dicen.

—¡Anuncian lluvia! ¿Cómo vamos a salir con lluvia? Mirá si no sabemos volver y nos quedamos empantanados por ahí.

—¡Pero, querida! —exclamó Aarón, exasperado. Luego, suspiró y agregó con decisión—: No nos vamos a quedar encerrados la segunda noche de vacaciones. Vamos a salir, aunque llueva, iremos por pavimento. Cuando volvamos, yo voy a la habitación y vos pasás antes a ver la exhibición. Y punto.

Rebeca, notando que su marido no daba el brazo a torcer, se resignó. Luego pensó que hasta podía ser más conveniente de esa manera; podría admirar las piedras preciosas tranquila, sin que nadie la apurara. Seguramente las reconocería, pensó; habiendo enseñado geología durante tantos años...

El matrimonio López estaba próximo a festejar sus cuarenta años de matrimonio, que no habían sido todos color de rosa, pero que habían unido indisolublemente a la pareja. El señor López había llegado a los sesenta y cuatro años en un relativo buen estado: tenía algunos kilos demás, pero no demasiados, y no tenía problemas graves de movilidad o de otro tipo. Era un hombre corriente, de cabello y ojos color café; desde joven había trabajado en un bazar y eventualmente había llegado a ser propietario del mismo. Su esposa, Rebeca, frisaba los sesenta y dos: era rubia, de ojos claros; como su marido, tenía unos kilos demás, producto de haberse jubilado y llevar una vida tranquila. Toda su vida había ejercido como maestra, y aunque al principio había amado su profesión, había esperado con ansias la jubilación, que le permitía esto: viajar cuando quisiera.

Se escucharon pasos en el comedor y segundos después apareció la figura de Eric. Pensando que necesitaría un buen desayuno, eligió huevos con

jamón. Los acompañó con café negro humeante y buscó una mesa cerca de la ventana. Allí pasó la siguiente media hora, saboreando su desayuno y ojeando el diario. Corrupción, delincuencia, farándula... nada nuevo bajo el sol, pensó. Lo único que le llamó la atención fue una nota referente al joyero Blanc, quien esa misma noche expondría su nueva colección en el mismo hotel donde se alojaba Eric. "Bueno", pensó, "nunca fotografié joyas, podría intentarlo. Y, además, quizás me cruce con la señorita rubia..." continuó diciéndose a sí mismo, al tiempo que miraba disimuladamente hacia su izquierda.

Helena era alta y delgada, sus rizos se veían dorados al sol y sus ojos color café se escondían detrás de un par de lentes oscuros. Cadenas de oro y perlas adornaban su cuello y muñecas, y realizaba sus facciones, que no delataban sus treinta y seis años, con un delicado maquillaje. Ya había terminado su desayuno y estaba mirando por la ventana, absorta en sus pensamientos: Trataba de decidir sobre su gimnasia diaria. Helena era una mujer de hábitos, y se había acostumbrado a hacer ejercicio por la mañana. Viendo que prometía ser un hermoso día, se decidió por el frontón. Su bello rostro, bañado por el sol, se volvió al tiempo que ella se incorporaba y se detuvo unos segundos sobre el muchacho que estaba sentado en la mesa contra la ventana siguiente. Cruzaron una inclinación de cabeza y Helena se dirigió a la salida del comedor.

Eran las cuatro de la tarde y los nubarrones invadían el cielo cuando Rodrigo ingresó con su vehículo a la Villa. El joven orfebre había celebrado su trigésimo aniversario de vida el fin de semana pasado; era un joven de expresión despreocupada y alegre, cabello castaño claro indisciplinado y bellos ojos, color miel. Como consecuencia de su ocupación sedentaria, ya asomaba una redondez en su vientre, aunque su altura considerable ayudaba a disimularla. Mirando a su alrededor, pensó: "Hermosa como siempre". Solo tendría que pasar la exhibición, y al día siguiente sería libre para pasear y relajarse. Las exhibiciones no eran el fuerte de Rodrigo, todavía se ponía nervioso al hablar frente al público, aunque hacía unos cuantos años ya que organizaba estos eventos. Definitivamente no le gustaban, pero representaban publicidad, y eso era bueno para las ventas. No es que el negocio anduviera mal, pero como decía su abuelo, cocodrilo que se duerme es cartera.

Al ingresar a la recepción halló una grata bienvenida: le habían reservado una habitación con excelente vista y había varios jarrones con ramos de flores. Eso alegraba a Rodrigo, era testimonio de que estaba haciendo las cosas bien y su nombre no perdía vigencia. Una vez obtenida la llave, se dirigió a su habitación, situada en el último piso, llevando su valija y el pequeño cofre con las joyas. Era muy celoso y había aprendido a no correr ningún riesgo. Por lo tanto, luego de entrar en la habitación, dejó la valija sobre el portaequipaje y guardó el cofre en la caja fuerte. Se sentía especialmente a gusto con esta colección, inspirada en la naturaleza: las

formas eran variadas, únicas, y los colores, vivos. Una vez cerrada la caja, preparó la ropa para la exhibición y fue a darse una ducha.

Capítulo 3

Capítulo III. Crónica de la exposición

La presentación comenzó puntualmente, a las 19. Habían decorado la confitería, contigua al comedor, con gusto: abundaban las flores y la iluminación brindaba calidez al ambiente. Además, estaba adecuadamente caldeado, y Rodrigo mismo se había encargado de que sus joyas se luzcan en una vitrina con fondo de terciopelo negro. Allí había desplegado algunos ejemplares de su colección "Elementos": piedras translúcidas y brillantes; de color rojo carmesí con tonos ocre; otras de un azul cobalto refulgente, y las últimas de una tonalidad café con vetas verdosas. Todas engarzadas en hermosos anillos, aros y collares de oro y plata: serían las delicias de las mujeres.

Había bastante gente: huéspedes del hotel, visitantes y residentes de la Villa, prensa... unas veinte personas. Seguramente la lluvia forzó más de un cambio de plan, pensó para sí Rodrigo. "Aquí estamos", se dijo; "hora de comenzar".

—Señoras y señores, muy buenas noches —empezó a decir el gerente—. Es un honor para mí presentarles esta noche a un gran artista, con una vasta trayectoria y ganador de varios y merecidos premios: el señor Rodrigo Blanc.

Hubo una ronda de aplausos y Rodrigo, respirando hondo, ocupó el lugar sobre la tarima que había dejado el presentador. Miró a su público, bastante variopinto, por cierto, y les dio la bienvenida. Agradeció su presencia y les contó sobre la íntima relación entre las piedras y los cuatro elementos clásicos, cómo se inspiró en ellos para diseñar esta nueva colección. Varios lo escuchaban atentamente, otros miraban el diluvio por la ventana, pensando vaya uno a saber qué; y un ancianito sentado al fondo ya cabeceaba. Decidió entonces no extenderse más: agradeció nuevamente su presencia y los invitó a ver su creación, recordándoles que podían adquirir esas mismas piezas o encargarse de otras similares o de colecciones anteriores por catálogo. Para ello, él mismo tomaría los pedidos, y también quedaba a disposición por cualquier inquietud.

Bajó de la tarima mientras los presentes aplaudían y recibió agradecido un ramo de flores por parte del gerente; luego se tomaron una fotografía y al fin, Rodrigo comenzó a relajarse. "Me vendrá bien un trago", pensó, y se dirigió al pasillo, donde se encontraba la barra, en la antesala del comedor.

Eric fue uno de los primeros en acercarse a ver las joyas. Se había sentado a la mesa más cercana para prestar atención a la explicación del artista, con el fin de tenerla en cuenta a la hora de fotografiar. "Nada del otro mundo", se dijo a sí mismo, "pero podré conseguir buenas tomas". Y cuando las contempló de cerca, sus ideas vagas fueron tomando forma. Eric no había visto muchas joyas en su vida, no era algo que le interesara especialmente, pero aún a sus ojos inexpertos no escapó el hecho de que las piezas eran buenas. Le gustó especialmente la combinación de azul y oro, y se imaginó sin querer que le sentarían muy bien a la mujer rubia que viera en la mañana. Se sobresaltó al darse vuelta para retirarse y verla en persona, acercándose decididamente a ocupar su lugar. Eric la saludó con un "buenas noches" y le cedió el puesto, caballerosamente. Ella devolvió el saludo con una sonrisa y desvió su mirada a la vitrina. Eric suspiró y se dirigió a la barra.

Helena contempló detenidamente las joyas; a diferencia de Eric, éstas tenían mucha importancia para ella. Al igual que él, reparó en que no eran ningunas baratijas, sino piezas de calidad. Pensó para sí misma que quizás podría adquirir algunas, pero icómo elegir! Las hubiera querido todas. Miró las azules por última vez y se dirigió al comedor, pensando que las repasaría mentalmente durante la cena y luego se encargaría de pedir las por catálogo.

El resto de las personas que habían escuchado la conferencia ya se estaba dividiendo: todos habían contemplado con mayor o menor interés las piezas, y habían proseguido a ocupar las mesas del comedor, o a acercarse a la barra. Unos pocos se habían marchado. Los periodistas rodearon a Rodrigo y le hicieron algunas preguntas generales, y después de tomar más fotografías se retiraron.

Uno de los lugares que quedaron vacíos lo ocupó el señor Agnolotti, quien quería sorprender a su mujer con un autógrafo del artista. Esperó que terminara de pedir el trago y luego se dirigió al artista:

—Disculpe, ¿usted es el orfebre?

—Sí —respondió Rodrigo.

—¿Le molestaría darme su autógrafo por favor? Mi mujer estaba muy ansiosa por venir a ver su nueva colección, le encantará tener un recuerdo de usted.

—Con mucho gusto —dijo con entusiasmo el artista—. ¿Cómo se llama?

—María —repuso el señor Agnolotti.

—Para María, con afecto —iba diciendo en voz alta Rodrigo mientras

escribía en una servilleta. Luego se la dio.

—Muchas gracias, señor.

—Por nada —contestó Rodrigo. Terminó su trago justo cuando el gerente del hotel se acercaba para invitarlo a acompañarlo durante la cena.

Entonces llegó María. —Ricky, ¡son un sueño! Tienen unos colores tan vivos, y se ven tan finas, ¡ténés que verlas!

—Me imagino, ya me mostrarás. Tengo un pequeño obsequio —le dijo mientras le tendía el autógrafo—. Lo seguí para decirle que te encantaría tener un recuerdo suyo —agregó.

—¡Oh! ¡Qué atento! Lo guardaré como un preciado tesoro —respondió María, sonriendo con felicidad. Y el señor Agnolotti se sintió conmovido, y pensó que a veces María era un poco chiquilina, pero que la quería igual, y haría lo necesario para verla feliz.

—Te voy a mostrar las que más me gustan —le dijo María, mientras lo tomaba de la mano para que la siguiera.

Caminando alegremente venía Ana, una joven de unos veinte años, de estatura regular, complexión atlética, cabello pelirrojo y ojos color miel. Había tenido un buen día, aunque la lluvia la obligó a volver al hotel antes de lo que pensaba. Pero había podido ver los alrededores más inmediatos y le habían gustado mucho. Por suerte había conseguido información sobre excursiones, así que, si mañana llovía aún, iba a poder dedicarse a examinar los folletos y planificar los próximos días.

En ese momento reparó en el cartel que anunciaba la exposición de joyas, y decidió darles un vistazo antes de cenar. Le gustaron particularmente las piedras color tierra, pero ni siquiera se preocupó por anotar un teléfono para preguntar precios: se daba cuenta que estaban por encima de su alcance. Sabía que debía sentirse agradecida por poder haber hecho el viaje y hospedarse en el hotel, pero, por momentos, estar rodeada de tantas cosas lindas y saber que tenía que disfrutarlas así, a cuentagotas, la amargaba y resentía.

En general, todos tuvieron una buena noche: muchos se recrearon la vista con la exposición, y casi todos cenaron bien (por supuesto, para unos la comida estaba fría, o la carne demasiado cocida). La lluvia torrencial golpeaba las ventanas y hacía que los comensales se sintieran más unidos entre sí, algunos ya se estaban haciendo amigos: en una mesa se había sentado el señor Paz junto con el matrimonio López. Aarón había accedido a quedarse solo después de haber visto a Héctor, un viejo amigo del barrio en que vivía cuando era chico. Se alegró mucho de verlo y quedaron para cenar a la noche; Héctor prefería no salir, por su artritis. A

Rebeca le causó una buena primera impresión, de modo que los tres se sentían a gusto con el plan. Así que, finalizado el plato principal, la señora pidió permiso y se levantó de la mesa, para dirigirse acto seguido a la vitrina. Aarón estaba muy entretenido conversando con el señor Paz; después de recordar viejas épocas, como el último había sido contador y Aarón comerciante, continuaron hablando sobre negocios. Las otras mesas también se veían tranquilas: la gente reía y el ambiente se notaba distendido.

Rebeca pasó junto a la mesa de los señores Agnolotti, y los vio tomados de la mano; más allá estaba la Señora rubia, sola ("Bien", pensó Rebeca, un poco celosa); el muchacho buen mozo la miraba furtivamente ("Aquí hay gato encerrado", pensó). Caminó al lado de donde estaban el gerente y el artista ("¡Qué apuesto estaba!"), y finalmente divisó a la chica joven del desayuno abundante, que miraba a su vez al hombre morocho ("Pobrecita, no tiene chances"). Y ahora, frente a ella, la vitrina: ¡qué hermosura! Miró todas las piezas con detenimiento, la atrapaban... su globo de felicidad se vio pinchado cuando se dio cuenta que no podría adquirirlas. Seguramente, la Señora rubia sí podría elegir las que quisiera. "Algunos lo tienen todo", pensó, y suspiró tristemente. A continuación, se dirigió hacia su mesa. Encontró que su marido y el señor Paz ya conversaban como viejos amigos, y esto la alegró. El señor López no era una persona fácil, pensó, pero era bueno.

La cena terminó satisfactoriamente, y poco a poco los comensales comenzaron a retirarse a sus habitaciones, cruzando saludos. Uno de los últimos en retirarse fue el señor Blanc, quien había disfrutado una exquisita cena en compañía del gerente. Después de acordar compartir el desayuno al día siguiente y despedirse, Rodrigo procedió a abrir la vitrina y retirar cuidadosamente las joyas. A continuación, las guardó en su alhajero y bajó la tapa de vidrio. Por último, cansado después de un día emocionante, se retiró a su habitación, llevando celosamente el cofre con las joyas.

El hotel constaba de tres pisos, aunque solamente los dos superiores contaban con habitaciones. A su vez, cada piso tenía dos alas, aunque en ese momento una de ellas estaba en refacción; por lo cual todos los huéspedes se alojaban en el ala este. Todos los pisos estaban alfombrados y las paredes eran de un color claro, y en cada piso había dos escaleras de madera. Desafortunadamente, no contaban con ascensor. Por esta razón, cuando el señor Blanc llegó al anteúltimo piso se encontró con el señor Paz, que trataba de recuperar el aliento.

—Estoy bien, no se preocupe —le dijo el señor Paz al orfebre, al ver que se acercaba—. Menos mal que tengo la habitación en este piso, hoy con la humedad que hay mis rodillas no funcionan como siempre —agregó,

forzando una sonrisa.

—Ah, claro —respondió Rodrigo, sin saber muy bien qué decir—. Bueno, anuncian sol para esta semana, seguramente se encontrará mejor

—decía mientras subía la escalera siguiente. Héctor asintió en agradecimiento y continuó hacia su habitación.

Aunque los huéspedes no lo sabían, iban a necesitar un sueño reparador para hacer frente a los acontecimientos del día siguiente.

Para seguir leyendo se puede comprar el libro en Amazon, Bajalibros o por contacto personal para un precio especial. ¡Gracias!

Contacto:

E-mail: clarisa.v2019@outlook.com

Facebook page: Clarisa Vau

Instagram: [instagram.com/clarisa.v2019/](https://www.instagram.com/clarisa.v2019/)